

# El juego que conduce al asombro

Marcela Meléndez Muñoz

ESTE LIBRO NO ES OTRA COSA QUE UNA GRAN travesía hacia el alma de una persona. Cada página devela un inventario de recuerdos, anécdotas, imágenes, todo aquello que nos aproxima a una sensibilidad mayor. Porque Gonzalo Rojas es piedra fundamental de la poesía chilena, pertenece a una tradición de grandes voces que han nutrido el acervo latinoamericano con una impronta personalísima y reveladora. Notable, por tanto, el aporte de Ascencio, toda vez que indaga en los distintos imaginarios que sustentan la obra de Rojas, y nos acerca a la palabra que nace del *relámpago*, a esa soledad luminosa que alimenta y da vida a la página en blanco.

## 1. El hombre es su infancia

Ascencio detalla los primeros años del poeta, su infancia en Lebu, lugar de vientos y socavones, donde nació y permaneció hasta los cinco años.

Se crió entre rocas y océanos, junto a sus siete hermanos, como un animal libre, casi a la intemperie del pensar, del sentir, y de las comodidades, como él mismo señala.

Al fallecer el padre, uno de sus mayores recuerdos es el regalo que éste le hiciera, “un potro colorado y airoso”, compañero entrañable para el niño, hasta que alguien lo roba. Recién ahí experimenta la sensación de



Casa de un cacique mapuche  
en Concepción, 1846



Ruinas de una iglesia en Concepción, 1846

pérdida, de abandono. Ese minero inmortal, como dijera en uno de sus textos, volverá una y otra vez a reclamar lo suyo.

La madre se traslada a Concepción. Arrendará una casa en calle Orompello. Esto quedará grabado en un poema del mismo nombre, donde evocará la pobreza y desamparo de aquellos días.

“A sus ocho años se da prácticamente todo, las claves mayores en cuanto a sensibilidad e imaginación y al portento expresivo”. Aprende tarde a leer. Tal vez en ese momento se comenzaría a gestar su carácter larvario, el demorarse, lo que, a la larga, se traduciría en un rigor ejemplar.

Años después, la experiencia de un internado *más espartano que ateniense* cambiaría su manera de pensar el mundo. Allí conocerá brillantes y severos maestros que lo acercarán a los clásicos españoles, como también a los grandes autores griegos y romanos. Estas lecturas serían decisivas en su proceso de formación, en la gestación de lo emotivo, lo telúrico, lo torrencial.

## II. Retrato del artista adolescente

Aburrido del aburrimiento, se embarca rumbo al Perú en una aventura que durará un año. En Valparaíso recorre sus calles, sus cerros anclados al mar. Lo seduce el latido del puerto, el sonido de los viejos tranvías.

Al regresar a Concepción, traerá consigo una cama y un baúl de equipaje. A partir de entonces, se descubre mundano, llevaba el mundo en su cabeza y en su respiración.

El estallido de la Guerra Civil Española provoca un gran impacto en Rojas. Muchos intelectuales latinoamericanos se solidarizarían con este episodio terrible, entre ellos César Vallejo, Pablo Neruda y el propio Octavio Paz.

Más tarde se mudará a Santiago, para terminar sus estudios en filosofía y letras. Allí conocerá a *esos literatosos surrealistas de la Mandrágora*, que se reunían en torno a Vicente Huidobro.

Su madre fallece en 1940. A ella dedicaría, en *Oscuro* (1977), el inolvidable poema titulado “Celia”.

Finalmente Santiago, *capital de no sé qué*, lo satura, lo abruma, necesitaba aire, cumbre. Conoce por esos días a María Mackenzie, quien lo seguirá en una alucinante aventura por el norte del país. En Atacama entrará en contacto con los mineros del salitre, a quienes enseñará a leer el silabario. Nacerá su primer hijo, Rodrigo Tomás. Años después, seguirá recordando con nostalgia a esa María irrepetible, fallecida en Alicante en 2001.

### III. Viento desencadenado

Recuerdos de infancia reviven en la memoria, la casa de madera construida por su padre, el río donde alguna vez navegó, y otra vez el viento, ese eterno pasajero del entorno.

Prefirió cumplir 80 años mirando las estrellas y ese mar irrepetible en el muelle de su pueblo natal, lejos de la farándula y la publicidad vergonzosa.

Cada vez que puede, aprovecha ese don que los hados le dieron. Se define como un poeta errante, movedizo, un ser a la intemperie.

Pero es, sin duda, ese apego ancestral a la mujer lo que más celebraría a lo largo de su obra. Sin la mujer estamos incompletos, señala.

El eros representa una pieza capital de su escritura, puede amar a trescientas a la vez y no sólo a esa única que le dieron en el viejo paraíso. Ama a las imperfectas, las cortesanas, las venenosas, las de treinta que lo han vivido todo, del parto al frenesí.

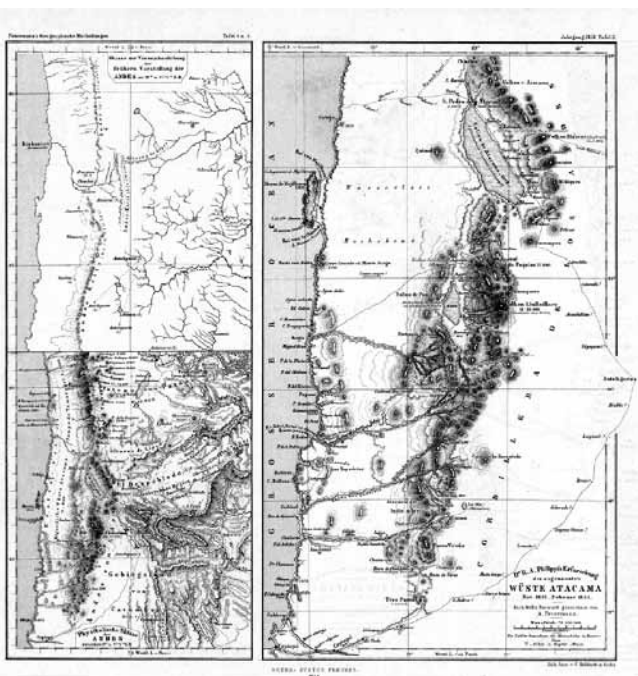
El poeta es un animal de palabras, hecho de palabras, dirá en otro momento, y recordará que a sus cinco años escuchó por vez primera la palabra *relámpago*, la escuchó de uno de sus hermanos, una noche que el cielo tronaba a carcajadas. En esa palabra oyó el mundo y sus misterios. Todavía se ve volando en ella.

### IV. La grandeza de México

El talento de Alfonso Reyes, la lucidez de Octavio Paz, el destello de Juan Rulfo, lo vincularían con México. Lebu es como Comala, diría, y mediante esas palabras expresaría su admiración por Rulfo, por su escritura prodigiosa, su rigor definitivo. Sería Gabriela Mistral quien abriría la puerta hacia estas tierras cuando, en 1921, José Vasconcelos traería a la maestra de Elqui para que colaborara en la reforma educacional. Una carta fechada en Veracruz daría cuenta del afecto de Gabriela por *La Miseria del hombre*, publicado por Rojas en 1948.

“Hace sólo una semana que tengo su libro. Me ha tomado mucho, me ha removido y, a cada paso, admirado y, a trechos, me deja

Atacama, Chile, 1856



algo parecido al deslumbramiento de lo muy original, de lo realmente inédito...”

Nunca imaginaría, años más tarde, que al volver a México para recibir el premio Octavio Paz, el destino le tendría reservado un triste privilegio, hablar en los funerales del Nobel mexicano. Fue Paz quien difundiría con entusiasmo la obra de Rojas. *Del relámpago*, publicada por el Fondo de Cultura Económica, permitió a los lectores mexicanos acercarse a su poesía de una manera definitiva.

Existiría, además, otro vínculo entrañable: Diego Rivera, el insigne guanajuatense que Rojas conocería en Chillán, Chile, quien lo ligaría a los muralistas y los azares de la revolución.

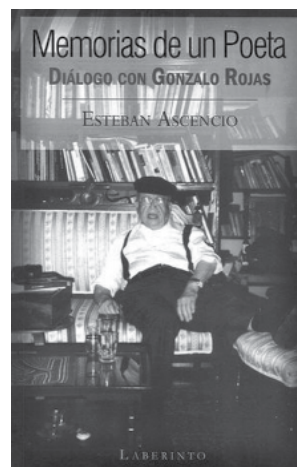
Pero también lo deslumbró su gente, sus mercados, su historia asentada en esas culturas prehispánicas que todavía resuenan a través de un legado fascinante.

México caló muy hondo en el corazón del poeta. Su lazo con este país quedaría sellado a perpetuidad.

#### v. El exilio en Rostock

Si bien la obra de Rojas era conocida en un amplio circuito de estudiantes y académicos en toda Hispanoamérica, aún no gozaba de popularidad entre los lectores de poesía. Sería Hilda R. May la encargada de recopilar y difundir la obra de su esposo, como también la compañera inseparable de los años oscuros del exilio. La dictadura militar lo sorprendería en Cuba cumpliendo labores diplomáticas. Su casa de Chile sería allanada y su primogénito detenido y enviado a un campo de concentración.

Decidirá refugiarse en Alemania del Este donde pasa algunos años como profesor en la universidad de Rostock, pero esta experiencia resultaría ingrata, no recuerda haber hecho clases ni menos tener alumnos. Al poco tiempo sentirá como una especie de encierro, de asfixia. Saldrá de ahí gracias a su amigo Rafael Alberti.



*Memorias de un poeta. Diálogo con Gonzalo Rojas*  
Esteban Ascencio  
México, Laberinto ediciones  
(Colección: Sueños de lluvia y otros tiempos)  
2011, 192 pp.

Parte luego con rumbo a Venezuela. Ésta será la época donde su trabajo poético alcanzará mayor notoriedad. Publicará *Oscuro* en 1977. Trece años después que viera la luz su segundo libro *Contra la muerte*.

El retorno a Chile resulta doloroso, el país vive días de ayuno y represión. Junto a Hilda R. May edifica el Torreón del renegado, su pequeño refugio en la precordillera de Chillán.

El amor de tantos años y quien sería la elegante musa de su vejez quedarán atrapados para siempre en el texto *Vocales para Hilda*.

Estas memorias parecen dictadas por una voz en *off*. Ascencio toma distancia para silabear mejor ese mundo que le va revelando el poeta a cada instante. De esta experiencia nacerá una relación entrañable entre ambos. Ese viaje fortuito a Chile en el año 2000 le permitiría entrar al universo de Rojas, acompañarlo en su casa de Chillán, recorrer los lugares sagrados: la universidad de Concepción, su Lebu natal, el cementerio donde reposan los restos de su padre. Mediante estos recuerdos, de estos fragmentos evocados al azar, se va tejiendo una historia conmovedora, la de un hombre que hizo de la poesía un gran juego que conduce al asombro. ■■■